

**NUEVAS MIRADAS
SOBRE LA GUERRA CIVIL**

Hugo García (coord.)

Vecinos contra vecinos. La violencia en la retaguardia riojana durante la Guerra Civil

CARLOS GIL ANDRÉS
Instituto de Estudios Riojanos

¿Quiénes son los malos en este pueblo?
No los conocemos. Tiene que haberlos.

MIGUEL DE UNAMUNO
*El resentimiento trágico de la vida*¹

SESENTA años después, Victoriano García Peciña todavía recuerda la luz de una mañana de comienzos del otoño de 1938 en el castillo de Cardona, la imagen de las filas de los cientos de prisioneros «nacionales» formados en el patio, la mayoría, como él, sorprendidos por la ofensiva del Ejército republicano en las primeras jornadas de la batalla del Ebro. Para entonces Victoriano ya sabía bien lo que era la primera línea del frente. Un año antes, en el verano de 1937, la orden de incorporación de su reemplazo le había llegado mientras trabajaba de agostero cerca de su pueblo, San Vicente de la Sonsierra, en la Rioja Alta. Desde entonces no había parado. Primero a Asturias, a cubrir bajas, en el segundo batallón del Regimiento América núm. 23, dentro de la 1.^a División de Navarra. Después, ya concluida la campaña del Norte, al frente de Guadalajara. De allí a la batalla de Teruel, hasta que tuvo que ser evacuado a Zaragoza con los pies helados. Con el parte de alta, sin tiempo para recuperarse, destinado al cerco de Madrid, en una brigada móvil, combatiendo en Móstoles, en la Ciudad Universitaria, en Villaverde Alto, siempre en las primeras posiciones.

Pero su memoria, por encima de los recuerdos del fragor de las batallas y de las penurias de las trincheras, vuelve en varias ocasiones a la escena vivida en el patio del Castillo de Cardona, una mañana de octubre, después de sesenta días de cautiverio. Los ha-

¹ Miguel de Unamuno, *El resentimiento trágico de la vida*, Madrid, Alianza, 1991, pág. 25

bían mandado formar por grupos de provincias. «Y decían: ¡Aragón, Navarra y Rioja! ¡Aquí! Pues allá. Y estando allí, con uno de mi pueblo: ¡Oye!, ¿aquel parece Fausto, verdad? La forma de ponerse la boina, hasta los ojos, que era alopécico. Como calvo casi. Y dice: y es. Estábamos tres de San Vicente, mejor dicho dos, el otro de Ábalos, el Sandino, el padre del esquilador. Pues, sí, estábamos.» A la cabeza de las filas de prisioneros, vigilando la formación, habían distinguido la figura de Fausto Villamor, convecino suyo, ahora en el otro bando, comisario político en una unidad del Ejército republicano.

Fausto había sido uno de los principales dirigentes del Centro obrero de San Vicente, perteneciente a la CNT, señalado también, en muchos testimonios, como el cabecilla de la insurrección anarquista que en la madrugada del 9 de diciembre de 1933 se había adueñado del pueblo. Victoriano tenía entonces 15 años. Recuerda con detalle las hogueras que prendieron en la plaza con todos los documentos del archivo municipal y del juzgado, los disparos cruzados, el ruido de las explosiones, la huida de los guardias civiles del cuartel, el bando en el que se declaraba el comunismo libertario y las llamas en la puerta de la iglesia de los Remedios. Un fuego revolucionario que apenas duró unas horas, hasta la llegada de los soldados. Fausto Villamor, declarado entonces en rebeldía, consiguió escapar de la justicia hasta que le alcanzaron los beneficios del indulto decretado por el gobierno del Frente Popular. Al parecer, en julio de 1936 el inicio de la guerra le había sorprendido en Bilbao. Desde entonces, combatiendo en las filas republicanas, es probable que no hubiera vuelto a ver a vecinos de su pueblo hasta esa mañana de octubre de 1938, en el patio del castillo de Cardona. Según el relato de Victoriano, él también los había reconocido: «Y nos llamó: ¡eh, venir aquí! ¿Y tú estás aquí, eh? Pues sí». A Victoriano le sorprendió la primera pregunta que le hizo Fausto cuando le miró a los ojos:

Tu madre seguirá yendo a misa. Pues yo creo que sí. Qué cosa tiene. Bueno, pues mira. Echa mano a la bolsa: ¿tú no fumas, no? Pues no. Saca tabaco con muchas migas de pan, que en campaña eso no era raro. Toma. Y le dio al otro, que fumaba. Toma un puño de tabaco. Mira: yo os voy a sacar de aquí. Fíjate: si vais al frente esconder la pelleja, que hay que volver al pueblo, eh. Fíjate como era aquel hombre. Y si os queréis pasar para allá, por vuestra cuenta, pero si os preguntan en la declaración si alguno responde aquí por vosotros a mí nada, eh. Pues nada. Y claro, el otro del pueblo, fue a la oficina allá en el Castillo y te abrían el expediente. ¿Y usted que quiere? Te hacían tres preguntas. Ir al frente a nues-

tras filas, canjearse por otro prisionero de allí o esto. Y el otro dijo, como tenía la mujer en el pueblo, dijo que canjearse. Y el escribiente con un lapicero gordo le ponía en el encabezado una «i», así, de desafecto, en el expediente. Y no salió. Pero yo tuve más suerte. Usted: agricultor. Cuántos años tiene. Edad. ¿De San Vicente ha dicho? Y me puso en el expediente una «i», que quería decir indiferente. Y yo salí de castillo, y el otro de mi pueblo, que era comunista, o republicano muy republicano, se quedó allá. En Cardona².

La guerra no acabó allí para Victoriano. Ni mucho menos. Del cuartel de Carlos Marx, en la ciudadela de Barcelona, salió vestido de soldado republicano al Pirineo catalán, cerca de la Seo de Urgell, y de allí al frente de Lérida, donde aprovechó la primera oportunidad que tuvo para pasarse a las líneas franquistas. De nuevo con el uniforme «nacional» participó en la campaña de Cataluña, hasta la toma de Olot. Antes de acabar la guerra combatió en las últimas acciones militares que precedieron a la entrada en Madrid y, una vez concluida ésta, todavía continuó con el fusil en la mano, hasta su licenciamiento, persiguiendo a los guerrilleros refugiados en los montes de los Ancares, entre Lugo y León.

Si ahora, después de tantos años, de todos los recuerdos de la guerra, emerge de manera especial su encuentro con Fausto Villamor, en la explanada del campo de concentración de Cardona, es porque allí ocurrió lo inesperado. Porque en ese momento un comisario político, más allá de las diferencias ideológicas y religiosas que les separaban, por encima del uniforme que vestía, de su condición de enemigo y del privilegio de su cargo, actuó como un vecino, como un paisano. Su identidad comunitaria quedó por encima de la clase social, de las creencias, de la situación militar y de la crueldad y la infamia de la guerra. Un gesto de compasión y solidaridad vecinal en medio de la violencia deshumanizada de un enfrentamiento civil. Un gesto insólito que no había visto en San Vicente de la Sonsierra en los primeros meses de la guerra, cuando el terror, bien lejos del frente, se cobró la vida de 32 hijos del pueblo que nunca llegaron vestir un uniforme militar, ni mucho menos a empuñar un arma, señalados por sus propios vecinos como enemigos a los que había que exterminar, a los que era lícito quitar la vida. ¿Cómo fue posible aquello? ¿Qué llevó a ciudadanos corrientes, sin antecedentes violentos, a tomar partido contra sus paisanos, a la delación, a la denuncia e incluso al asesinato? Son las pre-

² Entrevista a Victoriano García Peciña (1918), San Vicente de la Sonsierra, 7 de agosto de 2004.

guntas que siguen en pie después de siete décadas, las más incómodas para la memoria porque rozan las raíces de la condición humana, porque forman parte de lo que somos y nos cuestionan sobre las bases y los peligros de nuestra convivencia.

«EL QUE LLEVA LAS RIENDAS YA SABÍA». LA VIOLENCIA DESDE ARRIBA

«La cosa estaba un poco confusa, y les dan órdenes: hay que matar». Victoriano, por encima de los detalles concretos de la represión vivida en su pueblo, de los nombres y apellidos de las víctimas, intenta apuntar las razones que, en su opinión, explican la implantación del terror: «Es la consigna: hay que matar y ensuciarse las manos, porque así ya no pueden volver atrás. Eso era así. Porque el que tiene las manos sucias ya es más papista que el Papa, ya no se vuelve atrás. De lo contrario, como la gente aquí estaba indecisa, ni sabía de política, pues hay que eso... Eso tenían, les obligaban a eso, a hacer barbaridades, les obligaron a matar, que muchos no querían y lo harían. Pero ya un hombre... fíjate, esos son más papistas que el Papa. Como hacía el Hitler: conquistaba una nación en Europa y entregaba el poder, aquellos hacían barbaridades y ya no se podían volver atrás». Victoriano cree que muchos hombres salieron a la calle contagiados del miedo a la revolución, «que el comunismo va en auge, porque hay aquí y allá, pues ahí está el asunto». Pero, a su juicio, los responsables últimos fueron el clero, «que veía que poco a poco pierde», el capital, «que estaba incómodo», y, por supuesto, el brazo ejecutor: los militares, «que se sublevaron y, claro, esto no hay que extrañar, porque entonces todas las jerarquías eran capitalistas, puesto que el que estudiaba... entonces la moda era tener un hijo militar, otro cura y otro abogado. Y, pues claro, en manos de ellos estaba. Así que...». Para el protagonista de nuestro relato, por encima de las reacciones individuales, del miedo y de la incertidumbre de los vecinos corrientes, no había nada de improvisación ni de espontaneidad en el terror que se adueñó de las calles de su pueblo: «el que llevaba las riendas ya sabía. ¡Eh, aquí hay que eso!, ¡eh, que la cosa está indecisa! La mitad de las provincias estaban por la República. Entonces, para que nadie se pueda volver atrás hacen que cometan esas barbaridades, claro. Eso lo primero, para imponer el terror, y lo segundo: para responsabilizar a los demás. Porque el que hace una cosa ya no puede volver atrás, incluso quiere que el otro también... eso. Y a callar, eso sí. Eso es primordial, imponer el terror. El que llevaba las riendas ya sabía, ya».

El 21 de julio de 1936, después de visitar Logroño, el general Mola se despide de Emilio Bellod, el capitán de artillería al que acaba de designar como gobernador civil de la provincia. En el aeródromo de Recajo, al pie de la avioneta que le espera, Mola le dice: «Bellod, mano muy dura». Su subordinado le contesta: «No pase cuidado, mi General, que así lo haré»³. Y bien puede decirse que cumplió su palabra. En los seis meses escasos que duró su mandato dos mil personas fueron asesinadas en la provincia, todas ellas sin ningún tipo de procedimiento judicial, en sacas nocturnas que día tras día — respetando los domingos— llenaron de cadáveres las cunetas, los barrancos y las tapias de los cementerios de la mayoría de las poblaciones riojanas. El 7 de enero de 1937, cuando el periódico local publica su cese, el periodista encargado de glosar su labor destaca, por encima de otros logros, el del mantenimiento del orden, «el cual, durante la etapa de su mando, no ha sufrido ninguna alteración»⁴. En esa fecha todavía quedan en las cárceles mas de mil quinientos presos gubernativos y son centenares los paisanos que han huido o permanecen escondidos, las mujeres humilladas que esperan que les vuelva a crecer el pelo rapado al cero y los funcionarios y maestros represaliados. Sobre todos ellos, y sobre muchos de los paisanos que han quedado en sus casas, vuela la amenaza siempre presente de «la segunda vuelta». El clima de terror, como una larga y espesa mancha de aceite, se ha extendido por todas las poblaciones y ha llegado hasta el último de los hogares. La retaguardia ha quedado asegurada, aunque es difícil hablar de orden, de paz y de seguridad para definir al período más incierto y sangriento que ha vivido nunca la región.

Porque el objetivo de los militares sublevados no ha sido sólo el control del territorio. Dionisio Ridruejo, como falangista de primera hora, lo sabe muy bien. En cualquier guerra, reconoce en *Escrito en España*, el uso de la violencia aparece como un recurso normalizado dentro de un contexto en el que la vida humana vale muy poco, es cierto, y se acaban imponiendo siempre los métodos de seguridad más expeditivos. El comentario todavía es más válido en una guerra civil donde, aparte de las trincheras del frente, donde espera un enemigo armado y ordenado, una parte de la retaguardia se considera también como enemigo y resulta más segura, para asegurarse su inhibición, la represión preventiva que la simple vigilancia. Pero

³ M.^a Cristina Rivero Noval, *Política y sociedad en La Rioja durante el primer franquismo (1936-1945)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2001, págs. 96-97.

⁴ *La Rioja*, 7 de enero de 1937, núm. 15.346.

en el verano de 1936, desde los primeros momentos, los hechos desbordaron muy pronto el nivel de violencia que se podría denominar como de «necesidad militar». Ridruejo confiesa que el carácter de la represión adquirió la envergadura de una profunda y exhaustiva purga de adversarios que, más que preocuparse por la seguridad interior, estaba concebida para «retirar para el futuro todo obstáculo probable, toda veleidad de oposición, todo rebrote de las fuerzas o significaciones condenadas». En esta nómina aparecen, por supuesto, los cuadros de los partidos que habían formado el Frente Popular y los principales dirigentes de los sindicatos obreros, pero también personas independientes con prestigio entre los sectores republicanos e incluso representantes de grupos democráticos moderados. Una amplia y sostenida operación, concluye el escritor, «de extirpación de todas las fuerzas políticas que habían patrocinado y sostenido la República y representaban corrientes sociales avanzadas o simples movimientos de opinión democrática y liberal»⁵.

Así ocurrió en La Rioja, una pequeña región agrícola del interior peninsular que, por otra parte, no se había distinguido en los años anteriores por una conflictividad social acusada ni por la radicalidad de sus dirigentes políticos⁶. Una pequeña región donde la guerra ha pasado de largo y en apenas veinticuatro horas han terminado los escasos y tímidos intentos de organizar una resistencia armada frente a la sublevación. Cuando en la mañana del 20 de julio llega a las puertas de Logroño la variopinta columna del coronel García Escámez, procedente de Pamplona, el millar largo de requetés y soldados que la componen apenas tienen que escuchar disparos aislados en algunos edificios. La guarnición militar ha asegurado el triunfo del golpe de estado desde las primeras horas del día anterior. Asegurada la capital de la provincia, el único contratiempo serio es el foco de resistencia de Alfaro. Los planes de marcha de la columna se retrasan un día, hasta la tarde del día 21, pero a partir de ese momento se puede decir que las operaciones militares han terminado y que no hay indicios de que haya que temer por el control del orden en la retaguardia.

La cruenta represión vivida en la provincia es a todas luces innecesaria, al menos desde el punto de vista militar, pero pertinente

⁵ Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, G. Del Toro, Madrid, 1976, págs. 16-17.

⁶ Hemos estudiado la evolución de los movimientos sociales y la conflictividad de la región en Carlos Gil Andrés, *Echase a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000.

si lo que se pretende es fundar un nuevo orden social arrasando las bases sociales del anterior, extirpando de raíz el pasado. El pasado más inmediato —la República— e incluso el más lejano, prácticamente toda la herencia perniciosa de los siglos XIX y XX. Así lo reconoce abiertamente Francisco Rivas, sustituto de Emilio Bellod en el gobierno civil de Logroño, cuando sostiene que el problema principal de la región es su condición de «feudo de figuras destacadas de la antigua política, era la cuna y el más firme baluarte del liberalismo, de ahí la facilidad y rapidez con que germinaron las ideas anarquistas y comunistas». Por eso, sostiene el gobernador en un informe de 1938, «aunque en los pueblos una parte del vecindario ha reaccionado y reconoce las ventajas que la Nueva España les ha proporcionado, en su mayor parte y sobre todo el elemento trabajador, está vencido pero no convencido». La guerra no ha terminado, pero el gobernador ya habla en términos de vencedores y vencidos, y tiene muy claro el trabajo que le queda por hacer: la «esperanza ya tangible de una Nueva España» no puede asentarse si no es «purgada de todos los males que la habían conducido al borde del abismo»⁷.

El borde del abismo del que habla el gobernador civil de Logroño es el mismo que se ha invocado en casi todos los países europeos en la época de entreguerras. Porque la cruel represión vivida en La Rioja no es obra del exceso de celo de un gobernador. No difiere mucho de lo ocurrido en el resto de España y no es tampoco una excepción dentro de la historia de Europa en ese período. Los militares sublevados en España contra el gobierno republicano, y la amplia coalición de fuerzas políticas y sociales con la que contaron, utilizaron la violencia política para alcanzar los mismos objetivos que se habían planteado los fascismos italiano y alemán. En los casos señalados, una gran coalición contrarrevolucionaria se había creado con el objetivo de echar por tierra los cimientos de la de-

⁷ Francisco Rivas, *Memoria. Estado y situación general de la provincia de Logroño en los diferentes ramos de la Administración. 1938*, Archivo Histórico Provincial de La Rioja (AHPLR), Gobierno Civil, paquete 295, legajo «Memorias 1938-1942». Después de la guerra, en medio de las celebraciones de la victoria, un editorial de *Nueva Rioja* recuerda al mundo el sentido amplio y profundo del antimarxismo español. El Movimiento Nacional ha ido hasta la misma esencia del problema, «hiriendo al mal en su raíz verdadera; a saber, los inmortales principios de la nefasta y odiosa revolución francesa. De manera que en la misma medida que somos anti-comunistas somos antiliberales y antidemócratas». Ha sido una lucha de tres años «contra el comunismo y todos sus aliados, congéneres, consecuencias y antecedentes» (8 de abril de 1939, núm. 162).

mocracia parlamentaria y acabar, a un tiempo, con el peligro que para el mantenimiento del orden social capitalista representaban las reivindicaciones de las organizaciones de trabajadores. Y ante la existencia de fuertes movimientos de oposición de masas quedaba claro que no servía un régimen más o menos autoritario que se contentara con la supresión de los partidos políticos y la limitación de los derechos individuales. No. Como dice de manera explícita la Comunidad de Labradores de Haro, hay que «exterminar» a todos los «traidores-sinvergüenzas-canallas-ladrones-antipatriotas». Todos ellos son «indignos de pisar esta hermosa tierra española, y sólo y únicamente pueden habitar en Rusia»⁸.

Ante el miedo a la revolución, que encubre otro objetivo —impedir la reforma constitucional y legislativa nacida de las urnas—⁹, no basta una dictadura de corte conservador. Es necesaria la implantación de un régimen totalitario, sin ningún freno para instaurar el terror, con absoluta impunidad para llevar a cabo los encarcelamientos y asesinatos en masa, la creación de campos de concentración y la organización de un sistema represivo que sea capaz de controlar y someter a toda la población¹⁰. El terror, en la zona insurgente, no es la expresión incontrolada de un orden que se ha venido abajo, sino la manifestación más evidente de la construcción de uno nuevo, el producto de un cálculo frío y deliberado de los militares insurgentes y de sus aliados civiles: es necesario exterminar a todos los enemigos, hacer tabla rasa del pasado republicano, extirpar el virus que ha alimentado a la antiEspaña. La prueba más evidente es que el final de la guerra no termina con la violencia. El fusilamiento de decenas de miles de personas, sancionado y legitimado por las leyes, sostenido por la jurisdicción militar —el Estado de Guerra se mantuvo en vigor hasta 1948—, demostró a quien tuviera dudas sobre el futuro político o pensara en

⁸ Carta que la Comunidad de Labradores de Haro envía al Gobernador Civil de Logroño a finales del verano de 1936, AHPLR, Gobierno Civil, Correspondencia, Caja núm. 3 de Haro.

⁹ El fin último de los militares sublevados, como ha subrayado Helen Graham, no era tanto impedir la revolución como bloquear las reformas parlamentarias impulsadas desde el triunfo del Frente Popular, *Breve historia de la Guerra Civil*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, pág. 36.

¹⁰ La Guerra Civil como un ejemplo más de la salida fascista a la crisis de entreguerras en Julián Casanova, «Europa en guerra: 1914-1945», *Ayer*, 55, 2004, págs. 123-126, Paul Preston, *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid, Sistema, 1986, págs. 40-41, y Josep Fontana, «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en J. Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, págs. 9-14.

la reconciliación el carácter del nuevo Estado, militar y católico, y también fascista¹¹. Quizá ésta sea la peculiaridad más reseñable del caso español: Musolini y Hitler sucumbieron en la Segunda Guerra Mundial y Franco sobrevivió en el poder casi cuatro décadas.

Como bien sabemos, otra característica que diferencia lo ocurrido en nuestro país respecto a los acontecimientos vividos en otros lugares, los casos señalados de Italia y Alemania, es la manera de acceder al poder. En España la dictadura de Franco nace contra las urnas, no de ellas. Nace de una larga y cruel guerra civil de casi tres años, una guerra donde se dan cita las grandes ideologías enfrentadas en Europa, el fascismo y el socialismo, pero también toda una serie de conflictos y divisiones internas relacionados con los nacionalismos, la lucha de clases, los intereses económicos, las distintas identidades colectivas, el anticlericalismo y los problemas de la cultura política parlamentaria¹². El fracaso parcial del golpe de Estado encabezado por los militares rebeldes da origen a una guerra civil posiblemente en el peor escenario imaginable, en el de una Europa armada hasta los dientes que camina a marchas forzadas hacia la Segunda Guerra Mundial.

En la mayoría de las guerras civiles hay poco espacio para la conciliación y la piedad. Los enemigos, que se conocen muy bien, enfrentados sobre un mismo territorio, conscientes de que van a tener que compartirlo en el futuro, saben que la victoria es algo vital, y que su sombra se extiende mucho más allá del fin de las hostilidades como una amenaza siempre presente para los supervivientes. Y en 1936, en la Guerra Civil española, a los caracteres cruentos propios de cualquier conflicto civil se unen, quizá por vez primera, los perfiles que pronto van a definir lo que los especialistas han denominado la guerra total: en primer lugar, un esfuerzo destructivo sin precedentes, con los ejemplos bien conocidos de los bombardeos masivos; en segundo término, la movilización completa de todos los recursos humanos y materiales que están al alcance de los contendientes y, por último, el aspecto que aquí más

¹¹ El terror como un fin en sí mismo en Santos Juliá, «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en S. Juliá (ed.), *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, págs. 26-27, Francisco Sevillano Calero, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004, pág. 75, y Ángela Cenarro, «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del Nuevo Estado», *Historia Social*, 30, 1998, pág. 22.

¹² Los conflictos heredados y las líneas de fractura en Julián Casanova, «Guerra civil ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20, 1994, págs. 135-150, y Enrique Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer*, 50, 2003, págs. 37-38.

nos interesa, la práctica desaparición, en el frente y lejos de él, de las fronteras que anteriormente separaban a los militares y a la población civil. La línea divisoria entre los beligerantes y los no beligerantes se hace borrosa debido, en buena medida, a los miles de voluntarios encuadrados en milicias y grupos paramilitares, en el caso riojano las escuadras de falangistas y requetés que extienden la violencia homicida por las calles y plazas de los pueblos de la provincia¹³. Rotas las normas políticas convencionales, libres los protagonistas de cualquier sentimiento de responsabilidad individual, sin posibilidad de dar marcha atrás, el escenario del terror está servido. Y la guerra, que ha desatado la violencia, la alimenta con cada parte. Muchos asesinatos se cometen como represalia por bombardeos aéreos, ante la llegada de noticias adversas del frente, la difusión de rumores sobre matanzas efectuadas en el bando contrario o, simplemente, como el acto final de una manifestación patriótica o del funeral de un combatiente¹⁴. Un ejemplo de esta dinámica de la represión lo encontramos en Briones, en los primeros días de octubre de 1936. La noticia del asalto de milicianos a las prisiones flotantes de Bilbao, responsables de la muerte de al menos setenta prisioneros, parece estar detrás del asesinato de quince vecinos del pueblo en un intervalo de apenas cuatro noches. Un informante asegura que el alcalde, al conocer lo ocurrido en el puerto del Norte, dijo: «¡pues ahora vamos a bajar a morir a tantos! Sin más».

De todas maneras, confirmar que el proceso de limpieza política obedece a causas diferentes y que, en muchas ocasiones, los autores de los asesinatos gozan de libertad de acción, sobre todo en los pueblos, no les resta ni un ápice de responsabilidad a los militares y a los civiles que encabezan sus apoyos sociales. En todo momento tienen conocimiento de las «extralimitaciones» de los grupos locales y las consienten. Nunca pierden el control de la dureza y la intensidad de la represión, amparados siempre en la impunidad y en la legitimidad que a su juicio les otorga el bando del Estado de gue-

¹³ Gabriele Ranzato, «Guerra civil y guerra total en el siglo XX», *Ayer*, 55, 2004, págs. 127-148 y José Luis Ledesma, «La santa ira popular del 36. La violencia en guerra civil y revolución. Entre cultura y política», en J. Muñoz, J. L. Ledesma y J. Rodrigo (coords.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete-mares, 2005, págs. 153-154. Sobre las guerras civiles Peter Waldmann, «Política», en José Sanmartín (coord.), *El laberinto de la violencia*, Barcelona Ariel, 2004, y John Keane, *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2000.

¹⁴ Rafael Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, págs. 323-324.

rra que han proclamado. La violencia, consecuencia a veces de los enfrentamientos de la guerra y del desarrollo del conflicto, era también un requisito previo de la sublevación y un ejemplo cotidiano y sistemático del ejercicio de un poder totalitario premeditado y calculado¹⁵.

El caso de la provincia de Logroño es bien elocuente. Más de la mitad de las dos mil víctimas mortales de toda la provincia parten hacia el lugar de su asesinato desde las puertas de la prisión provincial y de los dos edificios habilitados como lugares de reclusión de los detenidos gubernativos, la Escuela de Artes y Oficios y el frontón Beti-Jai. Patricio Escobal, ingeniero municipal y militante de Izquierda Republicana, se convierte en un testigo de excepción porque sale con vida después de pasar por las tres prisiones logroñesas y, muchos años después, desde su exilio en los Estados Unidos, publica una crónica estremecedora que titula *Las sacas*:

Hacia las diez un silencio profundo cubrió la cancha donde yacían unos novecientos hombres. Era la calma precursora de la hora de la saca. Pasarían unos treinta minutos cuando oímos el ruido de un motor acompañado del chirrido de los frenos al parar frente a la puerta exterior. Un pelotón de «camisas azules» entró en la cancha por la puerta del fondo, formando en doble fila. El suboficial que dirigía la prisión voceó lentamente de una lista nombre tras nombre (...) El ruido del camión al alejarse daba una tranquilidad relativa. Por los negros agujeros de las claraboyas del techo entraba la tristeza de la noche; cientos de ojos se clavaban en aquellos rectángulos, que al perder su negrura traían el sueño para la mayoría de los presos. A cualquier hora de la noche podía reaparecer el camión de la muerte, ¡el 28!, como era llamado allí, pero al amanecer, el crimen huía de la luz¹⁶.

Cada noche, de los despachos del Gobierno Civil salen las listas con los nombres que se leerán en las tres prisiones. Todas las noches menos los domingos. Como nos cuenta Escobal, a mediados de agosto de 1936 ya ha desaparecido la confusión y la irregulari-

¹⁵ Anthony Beevor, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2005, págs. 129-130. Entre las investigaciones recientes que mejor muestran el carácter calculado y organizado del terror destacan los estudios de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003, y *La justicia de Queipo*, Barcelona, Crítica, 2005.

¹⁶ Patricio Escobal, *Las sacas*, Nueva York, 1974, págs. 32-33. Hay una edición reciente en Edición do Castro, 2005, gracias al trabajo de M.^a Teresa González de Garay.

dad de los primeros días y el servicio de «matanzas» queda organizado de manera casi perfecta. Escobal habla de la existencia de una «Checa blanca» formada por el gobernador civil, cinco capitanes como representación militar y el alcalde falangista y el jefe de la policía como representación civil. Desde cada prisión se organiza una saca cada noche, diez o doce hombres por viaje. Los presos llamados salen de su reclusión supuestamente para declarar en el Gobierno Civil, pero en las puertas de las prisiones les esperan los camiones que les conducen a los lugares de ejecución. Al principio se utilizan las cunetas de las carreteras cercanas a Logroño. Más tarde, las tapias del cementerio municipal se convierten en el lugar preferido de los verdugos. Todas las mañanas los miembros de la agrupación local de la Cruz Roja se dirigen a las inmediaciones del camposanto a retirar los cadáveres que ha dejado la noche. Son muy valiosos los cuadernillos donde van apuntando las señas de identidad de los cuerpos encontrados: «hombre desconocido, de unos 23 años, de pelo castaño oscuro, gabardina color café, chaqueta parda, camisa blanca, cinturón trenzado, pantalón mil rayas, calcetines negros, alpargatas blancas de goma, en su poder una muñequera ancha de cuero con dos correitas para su sujeción, 0,10 pesetas, una copla, cerillas, papel de fumar, tabaco, un papel escrito que no se entiende su texto, un lápiz, sin documentación»¹⁷. Un hombre desconocido. Uno más entre los centenares de víctimas. Cuando termina el verano de 1936 la masificación de la ejecuciones ha saturado el cementerio de Logroño. La solución se encuentra en el término de La Barranca de Lardero, a escasos kilómetros de la capital provincial. Allí, cuando termina el año y las operaciones de «limpieza» se dan casi por concluidas, quedan tres fosas que guardan los restos de más de cuatrocientas víctimas.

Las escenas vividas en las prisiones logroñesas se suceden al mismo tiempo en los depósitos habilitados en las poblaciones más importantes —Haro, Calahorra, Arnedo, Alfaro, Santo Domingo de la Calzada y Nájera— y, en el caso de los pueblos, en las dependencias interiores de los ayuntamientos y las casas cuartel de la Guardia Civil. Conocemos de cerca el caso de Haro. El antiguo convento de los Agustinos es el lugar habilitado como prisión comarcal. En los sólidos sillares que sostienen los arcos de su claustro todavía pueden leerse las inscripciones grabadas por los presos. Casi

¹⁷ Archivo Cruz Roja de Logroño, Cuadernillo Primero, en Antonio Hernández García, *La represión en La Rioja durante la Guerra Civil*, Logroño, 1984, vol. I, pág. 191.

todas las noches, desde finales de julio de 1936 hasta enero de 1937, una camioneta espera en la plaza a los componentes de la saca, atados con cuerdas de empaçar, de las que se utilizan para recoger la paja de los rastrojos. La tradición oral recoge ejemplos de una crueldad extrema, relatos inhumanos que se sitúan alrededor de las tapias del cementerio municipal, de las carreteras comarcales y de las inmediaciones de los pueblos cercanos. Los testimonios recogidos proceden muchas veces de los comentarios en voz alta de los propios matones, bravuconadas con las que se jactan de sus correrías nocturnas en los bares y tabernas de Haro. Una informante recuerda haber oído: «tantos pájaros han caído, esta noche tantos. Así, como una fiesta que habían matado corderos».

Pero a pesar de los excesos conocidos de los verdugos más exaltados, nada de lo ocurre en las puertas de los centros de detención escapa del conocimiento y la aprobación de las autoridades locales y de los militares. Nunca se ven sobrepasados por acciones indiscriminadas de elementos incontrolados. Las cuadrillas de falangistas y requetés que van de un pueblo a otro nunca tienen que asaltar una cárcel ni romper las puertas de un depósito municipal. Franquean sus puertas sin dificultad porque en casi todos los pueblos las encuentran abiertas par en par. Las columnas volantes de milicianos recorren todos los términos municipales de la provincia desde el 20 de julio de 1936 hasta una fecha exacta, el 10 de octubre, momento en el que el teniente coronel Anastasio García, encargado de organizar las batidas, reconoce que «por haberse restablecido la tranquilidad se suspendió este servicio»¹⁸. Un «servicio» que se encuentra el trabajo casi hecho cuando llega a los pueblos. No es necesario investigar quiénes son los enemigos a los que hay que capturar y eliminar. Los forasteros reciben las listas con los nombres de las personas a las que hay que llevarse. Unas listas confeccionadas, como no puede ser de otra manera, por sus propios convecinos.

«ES EL DE AL LADO Y EL DE ENFRENTÉ». LA VIOLENCIA DESDE ABAJO

Ésta es la parte que más le cuesta explicar a Victoriano García. De hecho, le parece inexplicable. En su testimonio recogemos de manera ordenada la lógica militar de los bandos enfrentados, el detalle de la estrategia de las campañas, los motivos de los subleva-

¹⁸ M.^a Cristina Rivero Noval, *Política y sociedad en La Rioja durante el primer franquismo (1936-1945)*, ob. cit., pág. 110.

dos y hasta una interpretación de las razones del terror impuesto desde arriba. Pero cuando desciende a las fronteras de su término municipal, cuando recuerda la violencia desatada dentro de las calles de su pueblo, bien lejos del frente, no puede entender cómo las personas corrientes pudieron participar en la «limpieza» de sus vecinos, en la «purga» de los considerados como peligrosos o desafectos. Ciudadanos normales que no representaban ni al capital, ni a los militares ni al clero, la trilogía que él reúne detrás del «Movimiento», pequeños labradores, muchos de ellos también jornaleros, bien relacionados hasta entonces por relaciones de cercanía, de trabajo e incluso de parentesco y sin antecedentes violentos: «Eso es, eso es, vecinos contra vecinos. Tú no sabes lo malos que somos. Incluso se dieron casos del que tenía una deuda y se la pedía. A éste lo liquidó yo y así ya no me pide. ¡Y cómo! Y el que es criminal se vuelve también ladrón. Porque aquí requisaron las casas del que tenía... y sus propiedades, pues también. Tú no has conocido aquello. Entonces no sabes quién tienes al lado, entonces es que los hombres somos así en todas las épocas, depende de la situación o todo eso, pero, cualquiera te traiciona sin darte cuenta, las cosas son así».

«Los hombres somos así en todas las épocas». Victoriano recurre a una especie de fatalismo determinista, a un cainismo secular que explicaría lo que hoy nos sigue pareciendo incomprensible: que la infamia, la barbarie y el crimen habitaron entre nosotros, entre nuestros iguales. Podemos comprender sus palabras y entender la dificultad de la memoria para juzgar los hechos del pasado con los valores del presente. Pero no debemos quedarnos ahí. Tenemos la obligación de intentar explicar lo que pasó. En caso contrario estaríamos abonando el terreno que pisan todos aquellos que relativizan el terror afirmando que el torbellino de una guerra civil arrastra a todo el mundo por igual, que como hubo atrocidades sin fin en los dos bandos, no cabe hablar de explicaciones causales y mucho menos de culpables y responsabilidades. Mejor no recordar. Frente a esas voces hay que seguir haciéndonos preguntas. ¿Por qué en unos pueblos la violencia despiadada fue más intensa y cruel que en otros? ¿Por qué en la mayoría de las poblaciones el crimen se adueñó de las noches «calientes» del verano y el otoño de 1936 pero en otras bien cercanas, en parecidas circunstancias, no se produjo ningún asesinato? ¿Cómo entender, en último término, que al lado de todos aquellos que participaron en la represión convivieron muchos vecinos que no delataron ni denunciaron a nadie, que no tomaron el partido más fácil, que se atrevieron incluso a poner en riesgo su seguridad para ayudar a los perseguidos?

El estudio de la geografía del terror nos descubre que en las comunidades rurales la violencia, aunque hoy la dibujemos irracional, ocultaba siempre razones; que aunque desde fuera nos parezca ciega, se basaba en la mirada; que aunque a veces se presentara como un fuego indiscriminado, tenía siempre nombre y apellidos. Si pudiéramos superponer un mapa de la antigua provincia de Logroño que reflejara el número de asesinatos cometidos en cada pueblo sobre otro que apuntara la cifra de asociaciones de trabajadores y de acciones colectivas de protesta vividas en los años anteriores, e incluso sobre otro que dibujara los resultados de las elecciones celebradas durante la época republicana la comparación sería concluyente. La violencia golpeó con mucha más virulencia en las localidades cercanas al río Ebro que en los pueblos de la sierra. No es de extrañar. La represión se tenía que emplear con mayor intensidad y brutalidad en los municipios donde las organizaciones obreras tenían más fuerza para plantear sus reivindicaciones y oponer resistencia y allí donde el programa reformista de los partidos de izquierda había obtenido un mayor respaldo social en las urnas.

Desde comienzos del siglo xx, en las comarcas del valle se había acelerado el proceso de penetración de las relaciones capitalistas, lo que implicaba una creciente mercantilización de la producción agraria y del proceso de trabajo y la paulatina desaparición de los intercambios no monetarios y de los recursos comunales. Los pequeños propietarios, cada vez más relacionados con el mercado, se vieron obligados a emplearse en muchos casos como jornaleros, al menos a tiempo parcial. Las desigualdades sociales se agrandaron al tiempo que se debilitaban las relaciones de patronazgo, en competencia cada vez más clara con nuevos vínculos asociativos basados en la cultura común del trabajo y en asociaciones que fueron ganando espacio y protagonismo, sobre todo ante la apertura de derechos y libertades que supuso la llegada de la República. Porque el verdadero peligro, para los sublevados del verano de 1936, venía del amplio proceso de movilización política que había despertado la llegada de la experiencia republicana, el cambio de color de los poderes locales y la posibilidad real de que dentro de las comunidades tomara cuerpo una transformación profunda de las relaciones sociales.

Sobre ese escenario se desató el terror, solo visible allí donde era necesario para arrasar el pasado. En las seis localidades de la Rioja Alta que hemos estudiado con más detalle fueron asesinadas más de doscientas cincuenta personas de una población total que apenas sobrepasaba los quince mil habitantes: 32 víctimas en San Vi-

cente de la Sonsierra, 31 en Fuenmayor, 40 en Cenicero, 62 en Haro, 41 en San Asensio y 43 en Briones, en estos dos últimos casos más de un dos por ciento de la población total. A la cuenta del terror hay que añadir los varios centenares de vecinos detenidos y encarcelados, la depuración de la administración municipal y del magisterio y la incautación de bienes que queda reflejada en los 210 expedientes de responsabilidades políticas. En las páginas de los expedientes se repiten las declaraciones inculpatorias de los párrocos, alcaldes, y jefes locales de Falange y de Requetés, todos ellos convencidos, en conciencia, de que los encartados deben responder con sus bienes de los daños ocasionados a la Nación por el Frente Popular y por la oposición al Movimiento Nacional. A ninguno de los acusadores le cuesta encontrar motivos de condena en el pasado reciente de su municipio. En toda la comarca habían triunfado con holgura las candidaturas del Frente Popular y nadie olvidaba que en diciembre de 1933 varios cientos de jóvenes habían secundado la insurrección anarquista que soñaba con implantar el comunismo libertario¹⁹. Un informante anónimo de Cenicero lo cuenta con sus propias palabras: «Pero es que eso, los fusilamientos... Pues mira, el encontrar la razón de entonces yo creo que fue que había una lucha, con los sindicalistas, que había un encono entre las dos partes. Y para mí no fue nada más que eso. Y reventó y, claro, los militares cortaron por lo sano, cortaron las cabezas para que no anduviesen los pies. Y entonces meten el resuello en el cuerpo a todo el mundo».

Pero para entender el fenómeno que estamos estudiando hay que descender más abajo. Hubo pueblos donde la estructura de la propiedad de la tierra, las divisiones sociales y los conflictos previos eran muy parecidos y, sin embargo, el grado de violencia que sufrieron sus habitantes fue muy diferente. Tenemos que contemplar un factor muy importante: la actuación concreta, en cada caso, de los poderes locales²⁰. Hubo lugares donde las voces oportunas del alcalde nombrado por los rebeldes, del párroco local o de un terrateniente con relaciones clientelares impidieron que se cometieran asesinatos o, al menos, intentaron frenar la espiral del terror ho-

¹⁹ Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

²⁰ La importancia de la actuación de los poderes locales, como factor explicativo de la extensión de la violencia en cada localidad, en José Luis Ledesma, «La santa ira popular del 36. La violencia en guerra civil y revolución. Entre cultura y política», ob. cit., pág. 189, y en Mark Mazower, «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, 51, 2005, pág. 147.

micida mediando ante la guardia civil o los dirigentes de las milicias de requetés y falangistas. Esta labor de interposición la podían hacer personas de reconocido prestigio dentro de la comunidad que, por supuesto, no fueran sospechosas de desafección al «Movimiento». Hemos conocido casos en los que un antiguo alcalde monárquico, un militar retirado, un médico reconocido o los religiosos de alguna comunidad local intervinieron para salvar vidas. En el verano y el otoño de 1936 la existencia de vínculos familiares con las nuevas autoridades, las relaciones de vecindad con milicianos, la cercanía a algún religioso o el trato con algún patrono propiciaron que algunos detenidos, los más afortunados, perdieran la libertad pero salvaran la vida bajando de la camioneta que los conducía hacia una muerte segura. Su intervención podía ser crucial en un contexto de denuncias anónimas, de acusaciones veladas en la plaza o en el café, de delaciones de falangistas y requetés de última hora que tenían que limpiar un pasado sospechoso, de rumores sobre la existencia de listas negras: una delgada línea que separaba a los buenos de los malos, la tela invisible de la que estaba hecho el miedo, esa sensación de angustia que bajaba la voz de todas las conversaciones, que cerraba las ventanas y las puertas de los hogares a las miradas indiscretas y que aguzaba el oído ante el ruido de pasos sospechosos en la calle.

Por desgracia, en muchos de los pueblos que hemos estudiado faltaron esos intermediadores que hubieran podido frenar el terror «caliente». Las autoridades nombradas por los sublevados estuvieron al frente de la represión, igual que las dotaciones locales de la guardia civil, y los párrocos, cuando no impulsaron directamente la represión, miraron para otro lado y no aparecieron en el escena pública. Muchos informantes repiten la misma frase que nos contaba con firmeza una vecina de Haro: «Que hubiese subido y hubiese dicho: de aquí no sale un hombre, por encima de mi cadáver. Y ya está. Y no desaparece uno si ellos no quieren».

El ayuntamiento, el cuartel y la iglesia son los edificios que simbolizan el poder local. Pero la violencia nace también de los portales cercanos a las víctimas, de los vecinos corrientes que participaron en el proceso de limpieza, que se involucraron en la tela de araña de la represión. «Aquí vecinos contra vecinos», como nos cuenta un testigo de Fuenmayor, «los que fueron a denunciar aquí fueron los vecinos». Es la misma impresión que recogemos en otra informante, del mismo pueblo: «es el de al lado, y el de enfrente». Conocemos más ejemplos, en la historia de la infamia que recorre el siglo xx, de estados incipientes que en sus primeros momentos, en medio de una guerra o de una revolución, alentaron a los ciuda-

danos corrientes a participar en la violencia. Cuando la tibieza, la indiferencia o la pasividad se convierten en actitudes peligrosas, cuando cualquier persona puede quedar a merced de la voluntad de individuos que se han erigido en jueces y verdugos, el miedo actúa como un impulsor básico. La colaboración se convierte en una especie de salvoconducto, permite situar a los indefinidos en el lado de los vencedores. Nada mejor para ello que la firma al pie de una denuncia o la afiliación oportunista a las milicias locales que da derecho a llevar la boina roja o la camisa azul. Para los más significados es el camino de la promoción social y la recompensa económica; para los jóvenes, un rito de iniciación política y de integración en el colectivo de los vencedores; para la mayoría, un resguardo que limpia un pasado peligroso y pone a salvo a la familia en un entorno tan inseguro como amenazante como el de la comunidad rural²¹. Un espacio pequeño en el que la limpieza es más certera y mortífera porque no hay lugar para el anonimato, todo el mundo se conoce y sabe quién es quién. Antes de la guerra las víctimas, sus denunciantes e incluso sus asesinos han convivido de manera estrecha. Ahora la vida cotidiana ha sufrido una transformación radical y un gran número de personas corrientes, movidas por el miedo, el deseo de reconocimiento o la venganza llegan a la inculpación de vecinos de su entorno más próximo con acusaciones infundadas que, en muchos casos, se sostienen sobre argumentos triviales y ridículos²².

No importaba. El Estado se había venido abajo. El triunfo de la sublevación en La Rioja, desde las primeras horas, había hecho que desaparecieran las normas que hasta ese momento habían regulado el orden social. Sin otro referente que la fuerza de las armas, y una

²¹ El miedo como impulsor básico del terror en Peter Waldmann, «Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada», *Sistema*, 132-133, 1996, página 148. Los ejemplos de estados incipientes que alientan a los individuos a participar en la violencia en Mark Mazower, «Violencia y Estado en el siglo XX», ob. cit., pág. 145. La participación en la limpieza política como acto de integración en Ángela Cenarro, «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44, 2002, pág. 84, Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000, pág. 253, y Jan T. Gross, *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, págs. 150-151.

²² Francisco Cobo Romero, «Represión y persecución de minorías y disidentes en las dictaduras fascistas europeas del período de entreguerras. Los apoyos sociales y la colaboración de ciudadanos comunes. La Alemania nazi y la España franquista», en C. Mir, C. Agustí y Joseph Gelonch (eds.), *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo*, Lleida, *Espai/temps*, 45, 2005, págs. 41-42.

espiral de venganza, los conflictos y las diferencias anteriores de carácter ideológico, religioso o nacional, divisiones que hasta entonces no habían impedido la convivencia pacífica, pasaron a primer plano y se convirtieron en excusas justificadas para la denuncia, la cárcel y el cementerio, en principios fundamentales que decidían sobre la vida y la muerte de las personas²³. Pertenecer a la bolsa de trabajo del centro obrero, leer de manera habitual la prensa izquierdista, asistir a un mitin republicano, participar en alguna celebración electoral, como las del triunfo del Frente Popular, o haber realizado algún gesto anticlerical, como disfrazarse de religioso en carnaval o no descubrirse la cabeza al paso de una procesión, eran motivos suficientes para la preocupación y la inseguridad, para que un vecino fuera tachado de antiespañol y de enemigo de la Patria. Baste como ejemplo el conjunto de informes que un vecino de Cenicero, como representante del Requeté local, envía a la Comisión de Incautación de Bienes en los primeros meses de 1937. Inculpa a varios convecinos por sacar el periódico cuando pasaba por la calle el Santísimo bajo palio, por comer chorizo en Viernes Santo, por enterrar a un hijo en el cementerio civil e incluso por practicar el desnudismo. Las denuncias por no levantar la mano en los desfiles, por no saludar a la bandera, por no engalanar el balcón con motivo de una victoria, por hacer «campaña derrotista» al comentar el curso de la guerra, o por «frases antipatrióticas» llenan los cuarteles de la guardia civil y el despacho del Gobernador Civil.

En el contexto militarizado de la guerra no había lugar para la prudencia y la moderación. Las voces que pudieron invocarlas cedieron ante el empuje de las soluciones radicales y violentas. El espacio de conciencia, de la responsabilidad individual, quedó diluido ante la movilización emprendida por los rebeldes, basada en la propaganda, el adoctrinamiento y la disciplina. Amparado por el nombre de la milicia, escondido detrás el color del uniforme, el joven falangista o requeté no veía al «enemigo» que tenía enfrente como una persona inerte. Las invocaciones ideológicas, nacionalistas y religiosas consiguieron su propósito: deshumanizaron al contrario, le despojaron de todo aquello que hasta hacía poco le había distinguido como vecino del mismo pueblo²⁴. Por eso a Victoriano Gar-

²³ La violencia se generaliza, como nos ha señalado Sydney Tarrow, en aquellos regímenes donde el orden se ha venido abajo y la población se encuentra dividida por escisiones de naturaleza étnica, religiosa o nacional, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997, pág. 186.

²⁴ La visión de la violencia como un hecho abstracto que deshumaniza al ene-

cía, con la guerra bien avanzada, y después de haber conocido algunas de las atrocidades que se habían cometido en San Vicente, le resultó extraordinario el gesto de humanidad que en el campo de concentración de Cardona tuvo con él Fausto Villamor, un enemigo que antepuso su condición de vecino.

El terror totalitario impuesto desde arriba, la existencia de conflictos sociales previos, la implicación decidida de los poderes locales en el proceso de limpieza política y la capacidad del discurso ideológico, nacionalista y religioso para movilizar a los ciudadanos corrientes, fundamentalmente a los pequeños propietarios campesinos, serían los cuatro factores que hasta aquí hemos manejado para comprender la virulencia y la crueldad despiadada de la represión desatada en La Rioja en el segundo semestre de 1936. Y ahora sí, ahora tendríamos que dar cabida también a las voces de tantos y tantos familiares de las víctimas que, setenta años después, no encuentran otra razón para el sufrimiento que padecieron sus seres queridos que las «envidias de los pueblos».

En efecto, por la rotura de la convivencia originada por la guerra, por la brecha abierta por las banderas en conflicto, los colores políticos, las grandes causas nacionales y las creencias religiosas —la Cruz comulgando con la Espada— apareció un largo desfile de violencias de carácter privado que nacían de ajustes de cuentas, rencillas viejas y rivalidades personales. Son «los malos quererres». Hay testimonios que nos hablan de una deuda pendiente, el reparto de una herencia, un litigio sobre los lindes de una finca o sobre el contrato de un arrendatario. También historias de cuadrillas, de rondas de mozos, de actitudes festivas anticlericales, hasta de una vieja competencia por una novia. En el fondo, analizadas con detalle, esas «envidias» no nos alejan del fenómeno histórico que estudiamos, nos acercan más a él. Casi todas las cuestiones privadas están relacionadas con los problemas fundamentales de las comunidades rurales, desde el control y el uso de los recursos comunales, pasando por la estructura de la propiedad de la tierra, la función social de la Iglesia, el peso de los poderes locales en un escenario de amplia movilización política y el conflicto existente entre identidades cruzadas como la clase, el género, la edad, la nación, la religión o el sentimiento de pertenencia a la comunidad, un complejo entramado de relaciones interpersonales cruzadas por el paren-

migo en Anthony Beevor, *La guerra civil española*, ob. cit., pág. 674. También Mark Mazower, «Violencia y Estado en el siglo XX», ob. cit., pág. 153.

tesco, la amistad y la vecindad²⁵. Nada de eso sabían «los que venían de fuera con camionetas», como nos cuenta un informante de San Asensio, «no sabían quiénes eran una cosa u otra... Los forasteros no sabían de la misa la media. Eran por los mismos del pueblo. Porque aquí, en los pueblos, nos conocemos todos. Una guerra civil es lo peor que puede pasar en un pueblo».

¿RECORDAR LA GUERRA CIVIL?

Si todos los vecinos de nuestros pueblos hubieran caído en la espiral de la violencia, ya sea por convicción ideológica o como venganza personal, bien podríamos hablar de la guerra civil como una locura trágica, tan inevitable como vergonzosa, que es mejor poner entre paréntesis y dejar caer en el olvido porque la única lección que se puede sacar de ella es que «el hombre es un lobo para el hombre»²⁶. Pero no fue así. En medio del terror deshumanizado de la retaguardia, a lo largo de todo el proceso de limpieza política, de persecución homicida y de negación de la paz, el perdón y la reconciliación, hubo muchas personas que no denunciaron, que no acusaron, que no participaron en las represalias, que no sacaron provecho de la situación y que incluso se atrevieron a ayudar a sus vecinos. Son ejemplos de moralidad individual que ponen en entredicho la tesis de la fatalidad irresponsable. Algunos, debido a su actitud, pasaron a engrosar la lista de las víctimas²⁷. Sus historias personales, importantes, por supuesto, para la memoria familiar de sus descendientes, que tienen derecho a la justicia, a la reparación moral y a que se conozca la verdad de su padecimiento, nos atañen a todos porque conforman lo que Todorov ha denominado la memoria ejemplar: casos particulares que contienen valores universa-

²⁵ José Luis Ledesma, «La santa ira popular del 36. La violencia en guerra civil y revolución. Entre cultura y política», ob. cit., pág. 154, y Conxita Mir, «El estudio de la represión franquista: una cuestión sin agotar», *Ayer*, 43, 2001, págs. 11-35, y «El signo de los vencidos: la represión franquista en la Cataluña rural de posguerra», en J. Casanova (coord.), *Morir, matar sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, págs. págs. 123-193.

²⁶ Esa parece ser la única conclusión a la que llega, por ejemplo, José María Zavala en *Los horrores de la Guerra Civil*, Barcelona, DeBolsillo, 2004, pág. 17. Sobre el mito de la locura trágica, Enrique Moradiellos, *1936. Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004.

²⁷ Joaquín Romero Maura, *La Romana del Diablo. Ensayos sobre la violencia política en España (1900-1950)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, págs. 238-241.

les, sucesos singulares del pasado de los que se pueden obtener lecciones históricas para el presente²⁸. Y enseñanzas morales. El estudio de la guerra civil nos cuestiona el sentido último de nuestro oficio de historiadores y también de educadores, la función social que debemos cumplir si pensamos que nuestro trabajo, al fin y al cabo, tiene que ser un instrumento útil para mejorar la sociedad en la que vivimos²⁹.

Victoriano García, el protagonista de nuestro relato, se muestra un tanto escéptico cuando le hablamos de la importancia de testimonios como el suyo, tanto para la investigación histórica como para la educación de las generaciones que han crecido sin oír hablar nunca de la guerra civil ni del franquismo, sin conocer casi nada del pasado más reciente de su país, de la sombra de la violencia del siglo xx que se tiende alargada, en los primeros años del nuevo siglo, sobre buena parte de la superficie terrestre. Victoriano cree que los jóvenes de hoy no leen y no escuchan. No tienen tiempo. Durante toda su vida ha sido un buen aficionado a la lectura. Pero ahora, cerca de los noventa años, «se me amontonan las letras». A su juicio a los jóvenes no les interesa lo que pueden encontrar en un libro de historia y, mucho menos aún, los recuerdos que les pueden transmitir los mayores, sobre todo si éstos hablan de violencia, de sufrimiento y de hambre. Además es que no se creen que lo que les cuentan haya existido alguna vez de verdad, «no lo creen, no lo creen no». De todas formas, concluye Victoriano, «la Historia siempre se ha tergiversado. Se escribe la Historia, o para elevar el patriotismo de los pequeños de la escuela, como nosotros las batallas que ganamos y tal. Eso todo es mentira generalmente. Entonces la gente cuando lee no sabe a qué atenerse». Las palabras de Victoriano, casi en el quicio de la puerta de su casa, cuando ya ha terminado la entrevista, nos hacen reflexionar sobre el sentido y la finalidad de nuestro trabajo, sobre lo lejos que estamos a veces de los jóvenes que ocupan las aulas y del debate público ciudadano.

²⁸ T. Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, pág. 29.

²⁹ José Carlos Bermejo, «La historia, la memoria y el olvido», en *Genealogía de la Historia. Ensayos de Historia teórica III*, Madrid, Akal, 1999, pág. 206.